

MONTSE RD

Goteando

HISTORIAS



Goteando
HISTORIAS

Montse RD

Título: Goteando historias

© Copyright

Del texto:

Montse RD, 2020

Diseño de la portada:

Fransy Guerrero / Montse RD

Imágenes de la portada y del interior:

Canva / Pixabay

Diseño edición:

Montse RD

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

A ti, que te has animado a leerme.

Gracias por estar ahí.

*Y la vida me enseñó
a caminar con pies de plomo,
a sonreír sin tener ganas,
a llorar sin que me vieran.
Pero pronto comprendí,
que la realidad es dolorosa,
que la vida pone trabas
y debemos superarlas.
Así que deja atrás el miedo,
vive, siente, sueña y ama.
Marcha al frente con firmeza,
nunca bajes la cabeza.*



¿Qué es amor?

¿Qué es amor? Esas fueron tus últimas palabras antes de marcharte de mi casa. Ni siquiera me diste tiempo para contestarte, te fuiste y ya no he vuelto a verte. Cómo me gustaría ahora que estuvieras a mi lado para poder responderte.

Amor... Amor es mirar los ojos de la otra persona y saber lo que está pensando. Es decir un te quiero cuando no se lo espera. Es desear estar a su lado cada segundo de tu vida. Es necesitar oír su voz antes de dormir y al despertar. Es intentar regalarle el cielo y las estrellas aunque sepas que es imposible. Amor es un todo que forman dos personas. ¿Y sabes qué? Que eso era lo que sentía y siento por ti. Te quise toda la vida y nunca fui capaz de decírtelo, y ahora... ahora ya es tarde, y mi alma llora en silencio.

Cómo desearía saber si puedes verme, si sabes lo que pienso y lo que siento. Si sabes que me arrepiento de no haber corrido detrás de ti aquel día, cuando saliste de mi casa. Porque quizá, si lo hubiera hecho, aún estarías aquí, a mi lado, preguntándome cada día: «¿Qué es amor?». Pero no lo hice, y te he perdido para siempre.

Nos conocíamos desde pequeños, porque nuestras madres eran amigas de la escuela, y nosotros seguimos sus pasos y nos hicimos inseparables. Fuimos a la misma guardería, al mismo colegio, al mismo instituto, hasta a la misma universidad, aunque hicimos carreras distintas. Compartimos resfriados, partidos de fútbol, borracheras y hasta horas de estudio, porque en lo que yo fallaba eras bueno tú, y al revés. Incluso a veces compartimos algo más, pero eso siempre fue nuestro secreto, porque no quisimos que nadie creyera cosas que no eran, que nos tacharan de algo que no éramos... ¿O sí?

Pasamos tantas cosas juntos que me es difícil decidirme solo por una, porque cada momento a tu lado tenía algo especial. Tú eras la juega personificada. Contigo podía pasarme horas riendo y perder la noción del tiempo. Admiraba tu forma de ser, tu alegría, tu inteligencia, tu éxito con la gente, pero, sobre todo, admiraba tu fuerza para afrontar las cosas. Perdiste a tu madre cuando solo eras un niño, y tuviste que aprender a vivir por tu cuenta, porque tu padre nunca se preocupó lo suficiente por ti. Él, cuando no estaba jugándose vuestro dinero en apuestas, estaba borracho tirado en el sofá. De niño sufriste su ira y sus malos tratos, pero cuando creciste ya no se atrevió a enfrentarse a ti. Tenías tanta rabia acumulada que si te hubiera tocado, creo que hubieras acabado con él. Y podías, porque tu cuerpo era puro músculo, gracias a las horas pasadas en el gimnasio o en el trabajo cargando cajas para pagar tus estudios.

Tu vida era muy diferente a la mía. Yo no tenía problemas económicos como tú, porque mi padre era dueño de una empresa muy importante y siempre he tenido lo que quería. Él siempre ha querido que yo siguiera sus pasos en la empresa, y yo siempre he hecho lo que él deseaba. Bueno, siempre hasta ahora. Porque tu pérdida me ha hecho ver que debo hacer aquello que yo quiera y no lo que quieran los demás. Porque nadie puede juzgarme por mis actos o mi forma de ser. Quien me quiera deberá aceptarme, igual que hacías tú.

No sabes cuánto te echo de menos. Siempre estuviste a mi lado cuando te necesité. Me escuchaste cada vez que tenía una discusión con mi padre. Ahora sé lo egoísta que fui, contándote mis tonterías cuando tú tenías que convivir con el tuyo día tras día.

Cuántas veces nos escapamos y dormimos en la playa, bajo las estrellas. Cuántos secretos nos guardan ellas. Y esas estrellas fueron testigos de nuestra única pelea. La que ha sido el principio

del final de nuestra amistad. La que ha sido culpable de que ya no estés a mi lado, de que ya no pueda contar contigo.

Recuerdo aquella noche en la que viniste a mi casa porque no soportabas estar con tu padre. Decías que si pasabas un segundo más oyendo sus quejas, lo matarías. Por eso viniste a mí, para quedarte en mi casa a pasar la noche. Pero yo sabía que a mi padre no le haría gracia verte en casa, porque él creía que eras una mala influencia para mí, que era culpa tuya que yo no quisiera hacerme cargo de la empresa. Así que te dije que mejor nos fuéramos a la playa para estar más tranquilos. Y así lo hicimos. Compramos unas cervezas y nos fuimos a una cala apartada rodeada de rocas. Era un lugar precioso y más por la noche.

Hicimos un pequeño fuego y estuvimos casi toda la noche hablando. Por primera vez, te desahogaste, echaste fuera toda tu rabia acumulada, gritando y llorando como nunca te lo había visto hacer antes. Quizá fue el alcohol el que te hizo reaccionar así, no lo sé. Recuerdo cuando te levantaste gritando y corriste hacia el agua. Querías poner fin a tu vida, a todo tu dolor, acabar con todo el sufrimiento. Pero yo fui hacia ti para retenerte. Te sujeté y, aunque tu fuerza era mayor que la mía, conseguí tirarte al suelo. Estuvimos así, abrazados, bastante tiempo, y luego, al mirarnos, nuestras bocas se fueron acercando y nos besamos durante largo rato, hasta que los besos fueron a más, y compartimos una noche de placer bajo las estrellas. Al despertarme al día siguiente tú aún dormías, y cuando recordé lo que había pasado sentí miedo, y vergüenza, así que me fui sin despedirme.

Estuviste llamándome varios días pero no cogí el teléfono. No quería hablar contigo, no quería enfrentarme a lo que había pasado. Pero un día apareciste en mi casa y no pude evitarte. Mi madre te abrió la puerta y subiste a mi habitación. Al verte entrar, mi corazón latió con fuerza. No sabía qué decirte, así que fuiste tú quien habló. Y aún guardo tus palabras clavadas en mi mente y en mi corazón:

«Cuando desperté en la playa y no te vi, supe que lo de aquella noche había sido un error. Pero yo no me arrepiento de nada, porque para mí fue una liberación. Hacía mucho tiempo que sentía algo por ti, pero nunca me atreví a decírtelo. Tenía miedo de que pasara lo que está pasando ahora, tenía miedo de perder a la única persona a la que he querido aparte de mi madre. A la persona más importante de mi vida, quien siempre me ha ayudado y ha estado conmigo. Pero en el corazón no se manda y yo... Yo te amo. Te amo hasta el punto de que no quiero vivir sino es a tu lado. Y sé que aunque tú no lo aceptes, también sientes algo por mí. Lo vi en tus ojos y lo sentí en tus besos aquella noche. Yo puedo ayudarte a afrontar la realidad, si me dejas».

No supe qué decirte, me quedé en silencio, con mis ojos cubiertos de lágrimas. Miré hacia abajo y creo que aquello te hizo ver lo que pensaba. Así que seguiste hablando:

«Tienes miedo, puedo verlo en tus ojos. Yo también lo tengo, ¿sabes? Pero sé que quiero estar contigo. ¿Qué es amor sino sentir que no puedes vivir sin la persona amada? ¿Qué solo vives por y para ella? Por favor, dime tú qué es amor si lo sabes. Dime que quieres estar conmigo, dime que me amas como yo a ti, o si no... volveré a la playa y haré lo que pensaba hacer aquella noche. Desaparecer en el mar para siempre».

No te contesté, no pude ni mirarte a la cara. Así que sonreíste, te acercaste a mí y me besaste.

«¿Qué es amor?», dijiste, y te marchaste.

Quise correr hacia ti, pero no pude, no fui capaz de moverme.

Pasaron los días y una tarde llegó la noticia. Vino la policía a darme tus cosas y decirme que habías muerto en el mar. Dijeron que en una carta habías dicho que querías que todo lo tuyo fuera para mí. Todas tus pertenencias ahora eran mías. Había fotos nuestras de todos aquellos años. Y también había un diario escrito por ti. Leí todos tus sentimientos callados tanto tiempo, guardados

en secreto en aquellas hojas. Vi cuanto me habías querido en silencio y rompí a llorar.

Sé que ya es tarde, porque tú ya descansas en el fondo del mar, pero, aun así, te escribo esta carta para decirte que yo también te amo, y que siento no habértelo dicho aquel día.

Quiero que sepas que he decidido afrontar la realidad y hacer todo lo posible para que a nadie le pase como a nosotros. Voy a ayudar a cualquiera que necesite un apoyo para aceptar sus sentimientos, porque yo, aunque tarde, lo he hecho y, a partir de este momento, no voy a encerrarme en mí mismo y voy a afrontar quien soy. Voy a aceptar mi condición y a enamorarme si algún día llega una persona como tú, porque a ti voy a quererte toda mi vida. Y voy a hacerlo porque tú me has enseñado a valorarme y aceptarme.

Gracias por todo, gracias por amarme, y perdóname por haberme dado cuenta tarde de cuanto te amo. Nunca te olvidaré.

Hasta siempre.

*Frente al mar,
nuestras manos enlazadas,
observando el horizonte,
perdidos en la nada.
Compartiendo un mismo sueño,
contemplando un mismo cielo,
sonriendo al mismo tiempo,
dos almas en dos cuerpos.*



Deseo de fin de año

El sonido de las campanas se oía de manera lejana en la orilla del mar donde se encontraban.

Ambos se miraban siendo conscientes de que sería la última vez. Los días que habían pasado juntos habían sido como un huracán de sentimientos, que llega y barre todo a su paso sin esperarlo. Y ahora todo iba a llegar a su fin. La luna llena había empezado a menguar, y Ayla debía volver a su lugar, en el fondo del océano.

Todo había ocurrido demasiado deprisa. Pero, sin esperarlo, ambos sentían que ya nada sería igual sin tener al otro en su vida, y es que se habían dado cuenta de que, aunque parezca imposible, a veces el amor nos cambia la vida en apenas unos días, o unas horas.

Ambos recordaban perfectamente cómo había comenzado todo, el momento exacto en el que, al mirarse, se habían dado cuenta de que algo especial crecía entre ellos.

Recordaron cuando de niños, él había estado a punto de ahogarse, y, como en los cuentos de fantasía, ella se había sumergido hasta encontrarle. Y ninguno de los dos pudo olvidar al otro, aunque a él lo tacharan de loco durante años.

Pero ahí estaban, veinte años después, juntos de nuevo y sin querer separarse. Y todos los años en los que él había sido un bicho raro por decirle a la gente que había estado con una sirena, desaparecieron de un plumazo. No importó el sufrimiento, ni las burlas, ni el acoso; no importó nada más que tenerla a ella delante, junto a él.

Ella, por su parte, podía entender lo que podía estar pensando el resto de su familia. Nadie

comprendería que quisiera renunciar a lo que era por un chico. Pero no lo quería por eso. Lo quería porque sentía que debía estar con él, que quería compartir con él el resto de su vida, y si para eso tenía que renunciar a su aleta, lo haría. Pero no solo por amor era capaz de hacerlo, también por el deseo de descubrir un mundo que desconocía por completo. Un mundo que tenía mucho que aportarle. No, no renunciaría a lo que era por un chico, renunciaría a lo que era por todo lo que le estaba prohibido, por todo lo que no podía tener, ni vivir, ni sentir. Porque ya había vivido como sirena durante décadas, y su deseo ahora era vivir como humana. Con o sin él, pero si era con él, su deseo sería aún más completo.

-Ojalá no tuvieras que volver -dijo él, pensando en que jamás había sentido nada parecido por nadie, a pesar de las relaciones anteriores que había tenido.

-Ojalá no tuviera que hacerlo -dijo ella, teniendo muy presente todo lo que perdería de ser así, y sin importarle.

Estiraron sus manos y entrelazaron con fuerza sus dedos, antes de besarse bajo el sonido de la primera de las campanadas. Únicamente faltaban unos segundos para que diera comienzo el nuevo año, y ellos se negaban a separarse. En el pensamiento de ambos existía el mismo deseo: más tiempo para conocerse, más tiempo para enamorarse, más tiempo para amarse... Y de esa manera, el sonido de la última campanada dio lugar a los gritos de la gente de la aldea, felicitándose el nuevo año.

La pareja había ido metiéndose en el agua poco a poco, para que, al transformarse, ella no se hiciera daño, sin embargo, algo extraño estaba ocurriendo. Ambos abrieron los ojos para comprobar que Ayla seguía allí, junto a él. Con aquellas dos hermosas piernas que suplían su cola de sirena.

-No lo entiendo... -susurró ella, sin poder creerse que siguiera allí.

Él la miraba sin parpadear, pensando que en cualquier instante cambiaría, que únicamente era cuestión de segundos.

Pero pasaron los minutos y nada ocurrió, por lo que ambos se miraron, sonrientes, y se abrazaron con fuerza. No desaprovecharían aquella oportunidad, durara el tiempo que durase. Cogidos de la mano se alejaron del agua y, al echar la vista atrás, a ella le pareció distinguir algo en el agua, pero estaba tan oscuro que no pudo asegurarse. Aun así, sonrió y murmuró un *gracias* con sus labios.

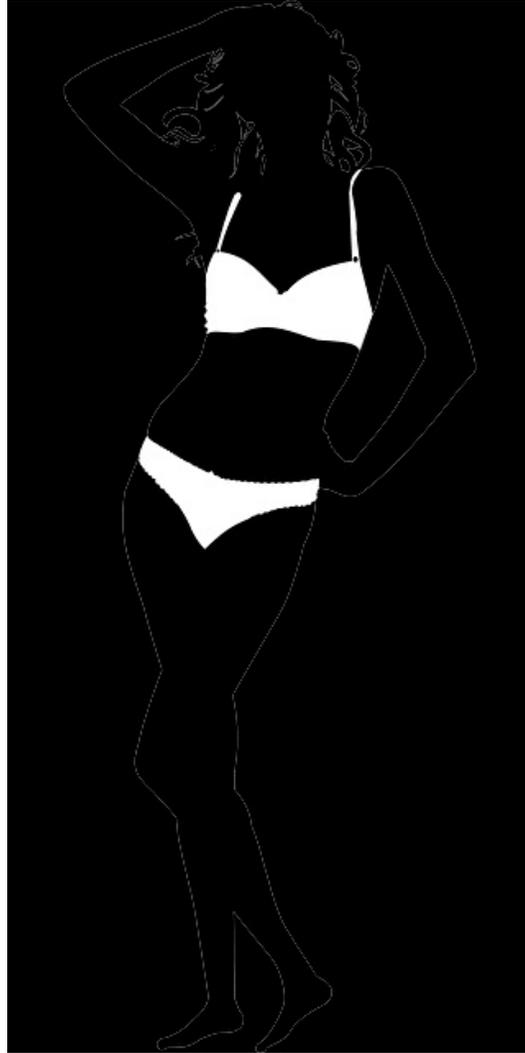
Y juntos, volvieron a la aldea a celebrar la llegada de un nuevo año, dispuestos a disfrutar de cada segundo extra que pasaran juntos.

A lo lejos, el padre de Ayla, aquel que ella había creído ver y, en efecto, allí se encontraba, se dio la vuelta y se sumergió para volver a su hogar, mientras un pensamiento dejaba paso a una débil sonrisa: «*Disfruta de tu nueva vida, hija mía*».

Y es que, a veces, los deseos que se piden con los primeros segundos del nuevo año, y bajo el sonido de las campanadas, pueden hacerse realidad.

*Bajo las sábanas,
con tus besos,
mis abrazos,
los te quiero.
Bajo las sábanas,*

*con tus miedos,
mis sueños,
los deseos.*



Pasión salada

Esa noche no resistí la tentación y me metí desnuda en el agua. El mar me relajaba, me sentía como en otro mundo, una burbuja en la que nada malo podía pasarme, en la que solo existía yo y nada ni nadie más. Pero pasó el tiempo y empecé a sentir frío, así que me decidí a salir. Me fijé bien en que no hubiera nadie que pudiera verme y anduve hasta el lugar donde había dejado mi ropa. Pero no estaba allí; en ese momento me di cuenta de que me la habían quitado.

¿Qué hacer? No podía ir hasta el hotel caminando por las calles de la ciudad desnuda, y pedir un taxi me daba demasiada vergüenza, además, ni siquiera llevaba dinero para pagar. Me senté en la arena sin saber qué hacer, cubriéndome como pude para soportar el frío, y, entonces, una chaqueta

cayó sobre mis hombros. Me giré asustada y lo vi. Era un chico alto y muy guapo. Tenía los ojos claros, como el mar a la luz del sol, y una sonrisa encantadora que me hizo olvidar que seguía desnuda.

-¿Puedo ayudarte en algo? -me dijo sin dejar de sonreír.

Tenía un acento muy marcado, lo que me indicaba que no era un turista como yo, sino un nativo de la isla. Aun así, me había hablado en español, por lo que supuse que sabía que yo no era de aquel lugar.

-Es que... Me han robado -le dije tímidamente.

-Ya veo -me dijo, repasando mi cuerpo de arriba abajo.

En otra situación aquel gesto me habría hecho sentir incómoda, pero algo hizo que no me importara lo más mínimo que él me mirara.

-Si quieres te puedo acercar a donde quieras -me dijo él.

-La verdad es que no me atrevo a entrar así en mi hotel. -Era cierto, no había caído hasta entonces en que no podía pasearme desnuda por allí.

-Si te parece bien, te llevo a mi casa, coges algo de ropa y te acerco al hotel.

La idea de ir a su casa me parecía demasiado peligrosa, ya que no le conocía de nada, pero, aun así, accedí, no tenía ninguna opción mejor. Me llevó hasta su moto y me ofreció un casco. Sacó una toalla del pequeño maletero para que me la enrollara en la cintura. Se lo agradecí y me subí detrás de él, sujetándome a su cintura fuertemente. Aquella situación me excitaba, estar semidesnuda encima de su moto, rodeando su cuerpo, el cuerpo de aquel chico misterioso del que ni siquiera sabía su nombre.

Sin querer, me apreté más a su espalda y él se dio cuenta. Giró un poco la cabeza y sonrió, con aquella sonrisa que cada vez me volvía más loca.

Llegamos a su casa y bajamos de la moto. Al bajar, perdí un poco el equilibrio, pero él me sujetó para que no cayera. Le miré fijamente a los ojos, intentando ver en ellos sus intenciones, y noté que deseaba lo mismo que yo. Le sonreí, y él se fue acercando a mí hasta que nuestras bocas se encontraron. Me sentó en la moto mientras seguía besándome y sus manos acariciaban mis piernas y mis muslos. Su boca besaba mi cuello, cada vez sentía más deseo, pero entonces me di cuenta de donde estábamos.

-Espera, será mejor que entremos.

Él me miró y asintió. Cogió mi mano y me llevó adentro. Llamó al ascensor mientras su mano acariciaba mi espalda y bajaba hasta donde esta pierde el nombre. Entramos en el ascensor y él apretó el botón número 10. Aún teníamos que esperar 10 pisos hasta desatar nuestra pasión, era demasiado tiempo. Me acerqué a él y volví a besarlo, mordiendo sus labios. Él me llevó hasta una de las paredes del ascensor, abrió la toalla para poder tocarme con más libertad mientras no dejaba de besarme. Me estaba volviendo loca mientras su mano se adentraba por mi interior haciéndome disfrutar de cada segundo. Llegamos al piso diez justo en el momento en el que yo llegaba a mi límite. Pero estaba claro que él quería más.

Salimos del ascensor y abrió la puerta de su casa. Por fin habíamos llegado al lugar donde desatar completamente nuestra ansia y nuestro deseo. Cerró la puerta y me besó mientras me quitaba su chaqueta y desenrollaba la toalla. Me observó por un instante mientras acariciaba mis pechos y volvió a sonreír. Le miré mientras le besaba y le quitaba la ropa. Estábamos completamente desnudos cuando él me cogió en brazos y, chocando con la puerta, me penetró.

Dejé escapar un gemido mientras le notaba en mi interior, pero antes de que pudiéramos seguir, le mordí el lóbulo de la oreja mientras le susurraba:

-Protección... -le dije, luchando por no continuar con aquella locura y seguir haciéndolo allí, sin protección alguna.

Él gruñó pero salió de mi interior y me miró. No tardó ni dos segundos en sonreír, volviendo a besarme. Me apretó el cuello e hizo fuerza para que saltara y rodeara su cintura con las piernas. Y, de aquella forma, sin dejar de besarme y apretar mis nalgas con fuerza, me llevó por su piso hasta lo que supuse que era su habitación. Con cuidado, me depositó en la cama y se entretuvo besando mis pechos, mordisqueando mis pezones, mientras una de sus manos recorría el interior de mis muslos y se entretenía introduciendo un dedo en mi interior.

Gemí de nuevo, retorciendo las piernas, deseando más. Aquello era una locura, lo estaba haciendo con un desconocido, pero no quería ni podía parar. Me sentía liberada. Después de tanto tiempo haciendo lo que los demás habían esperado de mí, después de haber estado a punto de pasar toda mi vida con alguien que no me amaba como yo me merecía, encontrarlo a él había sido una increíble casualidad. Mis pensamientos se detuvieron cuando noté que introducía otro de sus dedos mientras su lengua jugueteaba con mi clítoris.

En todos los años que había pasado con mi ex jamás había sentido tanto placer. Y así, con aquel extraño entre mis piernas, no pude aguantar más y grité mientras el placer recorría todo mi cuerpo alcanzando el primer orgasmo. Porque estaba segura de que no sería el último.

Me miró desde aquella posición, sonriendo con picardía, y fue subiendo hasta encontrar mi boca, con mi sabor en sus labios. Estiró uno de sus brazos y abrió un cajón de la mesilla, sacando un condón de ella. Me mordió el labio inferior y estiré mi mano para cogerlo. Ahora me tocaba a mí.

Le empujé y le tumbé sobre la cama, de espaldas, observando su cuerpo desnudo. Era absolutamente perfecto. ¿Qué fuerza del universo me lo había enviado aquella noche? No lo sabía, pero no iba a perder mi oportunidad, de eso estaba segura.

Rasgué el plástico que envolvía el preservativo y colocándome la punta entre los labios, se lo fui colocando mientras él gemía de placer. Una vez estuvo colocado, me levanté y le sonreí, colocando una de mis rodillas a cada lado de su cuerpo. Y sin más, sintiendo como sus manos apretaban mis senos, dejé que se introdujera en mi interior, gimiendo al sentirlo completamente dentro. Me quedé unos segundos quieta, disfrutando de la sensación de tenerlo dentro de nuevo, y entonces, empecé a moverme. Primero despacio, y a medida que sus gemidos aumentaban el ritmo, mi cadera también lo hacía. Lo cabalgué como nunca antes había cabalgado a nadie. Y no me detuve hasta que ambos, él por primera vez y yo, por segunda, llegamos juntos al orgasmo. Un orgasmo brutal que hizo que después de tantos días en aquel lugar tan maravilloso de la tierra, me diera cuenta de que el viaje había merecido la pena.

Me dejé caer sobre él, dejando que saliera de mi interior, escuchando el sonido de su corazón. Palpitaba a toda velocidad, igual que el mío.

-Kai -me dijo unos minutos después, mientras acariciaba mi espalda con suavidad.

Le miré sin comprender qué me decía.

-Es mi nombre, soy Kai -sonrió y yo le devolví la sonrisa, acariciando su pecho.

-Azahara -le dije.

-Es un auténtico placer -me dijo, y yo no pude evitar soltar una carcajada.

-El placer es mutuo, y en mi caso, doble. -Le guiñé un ojo y entonces fue él quien se rio.

Nos quedamos mirándonos unos segundos, y no pude evitar acercar mis labios a los suyos y volver a besarle. Después me dejé caer a un lado suyo, sin dejar de acariciarle los pectorales.

-¿Vacaciones? -me preguntó. Se notaba que aún no estaba del todo descansado.

Miré un segundo al techo y contesté:

-Luna de miel... -Le observé al decir aquello y su cara fue de sorpresa, así que me expliqué:- Pero sin marido. No me presenté en la boda -añadí, y me encogí de hombros.

Él entrelazó uno de sus dedos en mi pelo, cogiendo un mechón.

-¿Puedo preguntar por qué? -dijo, mirándome a los ojos fijamente.

Solté una carcajada.

-Ya lo has hecho.

Él sonrió, porque yo tenía razón. ¿Quería contarle a un desconocido mi historia? ¿El por qué había ido a aquel viaje sola? Le miré. Sí, ¿por qué no? Me había dado más en unas horas que quien iba a ser mi marido en años.

-Él no me amaba. Y si lo hacía, no era como alguien debería amar a otra persona. No podía atar mi vida a alguien como él, y seguir aguantando lo que ya he aguantado muchos años. Así que no me presenté el día de la boda, adelanté el viaje dos días, y aquí estoy. Sola en lo que debería ser mi luna de miel. Y encima, me acaban de robar -le conté, y no pude evitar reírme a causa de lo absurdo que era todo aquello.

Sabía lo que estaría pensando mi familia, y sobre todo la suya. Que estaba loca, que había echado a perder mi vida, que cómo me atrevía a irme aun así de viaje. Bueno, había pagado la mitad, no iba a desperdiciarlo, ¿no?

-Pues me alegro -dijo, y yo lo miré sin comprender. ¿Se alegraba de mi desgracia?-. Me alegro de que no te casaras con un tipo que no te merecía. Me alegro de que te hayas atrevido a viajar hasta aquí tú sola para disfrutar de un lugar maravilloso. Y que no te sene a cabrón, pero me alegro de que te hayan robado, si no, no te habría conocido. Y no habría pasado la mejor noche en mucho, mucho tiempo.

Le miré mientras me decía todo aquello y sonreí. Volví a besarle y él me apretó contra sí. Quise añadir algo, pero él se me adelantó.

-Y a riesgo de sonar atrevido, o parecer más loco que tú... Quédate aquí los días que te queden de viaje -me dijo, y yo abrí la boca sorprendida.

-¿Qué? ¿Aquí, contigo? No nos conocemos de nada -le dije, algo incrédula.

Él, simplemente, se encogió de hombros.

-Quizá te sene falso, pero no suelo traer a mi casa a las desconocidas que me encuentro desnudas en la playa. Y no, no nos conocemos, pero me encantaría hacerlo. Al menos mucho más -añadió, volviendo a dedicarme aquella sonrisa suya pícara que ya empezaba a conocer. Sí, en apenas unas horas-. Quédate. No soy ningún psicópata. Te enseñaré la isla como ningún guía te la podría enseñar, te lo aseguro.

Suspiré, sin dejar de mirarle. Y me mordí el labio inferior. ¿De verdad me estaba proponiendo aquello sin conocerme? Tenía claro que no era un loco que fuera a matarme al día siguiente, pero aun así, ¿no era demasiada locura incluso después de lo que ya había hecho?

Sentí su mano en mi barbilla. Pensando, había bajado la mirada y él quería ver mis ojos. Noté deseo en los suyos, y súplica.

-Quédate conmigo -insistió.

Volví a suspirar. Y, poco a poco, fui sonriendo.

-Me quedo contigo.

*Tus sueños se cumplieron,
porque el mundo así lo deseó.*

*Tus sueños se realizaron,
porque el destino así lo ideó.
Lo que el mundo no te dijo,
ni el destino te explicó,
es que los sueños se marchitan,
como los pétalos de una flor.
Y no importa lo que sueñes,
ni lo que desees con fervor.
Si la vida lo decide,
tu sueño se esfumó.*



El pozo de los deseos

Cuenta la leyenda que, en las afueras del pueblo, hay un pozo que cumple todo aquello que deseas. Solo tienes que escribirlo en un papel y dejarlo caer al fondo oscuro del mismo, y sin más,

lo que has deseado se cumplirá. ¿Os suena la leyenda? Seguramente sí, porque se cuenta con cada pozo que se encuentra en cualquier lugar. Lo que seguramente no sepáis es que la leyenda es cierta, el pozo realmente existe, y yo lo encontré. Lo que seguramente no sepáis es que es cierto que cumple tus deseos, pero no de la forma que esperas. Y es que ese es el truco, porque toda magia lo tiene, y yo, lo descubrí demasiado tarde.

Son muchas las veces en las que se nos ha explicado que la magia tiene sus consecuencias. No quiero decir que se nos haya explicado en el mundo real, sino que es algo que nos han dejado caer en películas, series o libros. Pero como se trata de fantasía, no creemos que sea algo que realmente pueda suceder en el mundo en el que vivimos. Y ese es nuestro error. Porque a veces, esas historias están basadas en hechos reales aunque no se nos diga, y en mi caso, es algo que aprendí de la peor manera.

Mi vida siempre había sido muy normal, aburrida, monótona, rutinaria. De casa al instituto, y del instituto a casa. No hacía nada más, porque no tenía con quien hacer nada más. O al menos eso creía yo, porque nadie se acercó nunca a mí para proponerme un plan, para decirme que quería ir a dar una vuelta conmigo, como hacían el resto de personas de mi edad. Pero no penséis que lo llevaba mal, no me encerraba en casa a llorar por mi desdicha, para nada. Era algo que tenía asumido y pasaba mis horas en soledad en el ordenador, o leyendo, o viendo series, o películas. Me aficioné a vivir historias escritas por otros, y conocí a gente, aunque fuera a través de una pantalla y no en persona. Y me consideraba alguien feliz, a pesar de todo.

Pero aunque la tristeza no inundaba mi vida, ni me hacía ser una persona deprimida, siempre sentí que faltaba algo. Aunque tuviera decenas de amigas y amigos al otro lado de la pantalla, aunque pudiera hablar con ellos a todas horas y de cualquier cosa, en el fondo de mi corazón quería algo más, lo ansiaba. Y me di cuenta de lo que era cuando él entró en mi vida.

Recuerdo perfectamente la tarde que decidí dar mi opinión de lo que leía o veía de manera que los demás pudieran leerla y compartirla, o no. Y entonces me creé un blog en el que comencé dando opiniones y terminé abriendo mi corazón. Porque a través de aquel nombre falso, y de aquella pantalla que no le permitía a los demás conocerme realmente, no solo hablaba de los libros que leía o de las series que seguía, si no que explicaba lo que sentía, contaba mi día a día, lo que me hacía feliz y lo que me preocupaba. Y al poco tiempo de empezar a dejarme conocer, él comenzó a dejarme sus comentarios. Al principio solo me decía lo mucho que le gustaba mi blog; más tarde, empezó a responder a mis sentimientos contándome cómo se sentía él. Y yo empecé, más todavía, a sentirme menos sola. A sentir que al otro lado podría estar mi alma gemela. Sí, esa que dicen que todos tenemos en alguna parte.

¿Conocéis la leyenda del hilo rojo? Esa que cuenta que las almas gemelas, las personas que están destinadas a estar juntas, tienen un hilo atado a su dedo meñique, un hilo que puede encogerse y extenderse, transformarse, pero nunca romperse. Y yo creí ciegamente que al otro lado de mi hilo rojo estaba él. Aunque ni siquiera supiera quién era, aunque no lo hubiera visto nunca ni supiera cómo era. Era él, estaba convencida. Y empecé a necesitar a diario sus comentarios. A obsesionarme con ellos, a creer que no podía vivir si no los leía.

Obsesionarse con alguien es lo peor que puede pasarte. Eso no es amor, hacedme caso. Pero en aquel entonces yo no lo sabía. Y entonces un día, después de meses hablando con él, cuando ya había conseguido que me diera su email para escribirnos de forma más privada, y lo hacíamos casi a diario, en el instituto alguien habló del pozo. De ese pozo maravilloso que cumplía nuestros secretos más ocultos. Y aunque toda la clase se rio, incrédula, yo, que adoraba la fantasía que leía en mis libros, pensé que quizá era cierto. Que si pasaba en mis historias, podía pasar en la

realidad. Y si eso era así, podía pedir tenerlo a él. Conocerlo, y vivir juntos para siempre. Sin ni siquiera saber si él sentía lo mismo por mí. Eso me daba igual. Yo quería que lo hiciera a toda costa.

Así que, empecé a investigar. Hablé con la persona que había hablado del pozo preguntándole dónde estaba, rogándole que me llevara hasta él. Y su única respuesta fue reírse de mí. Reírse porque le hubiera creído. Pero cuando vio que las lágrimas empañaban mis ojos y le pedía en serio su ayuda, accedió. Y me dijo dónde podía encontrarlo. Lo que no sabía entonces es que solo pretendía seguir burlándose de mí. Y me grabó. Me grabó cuando ambos llegamos al pozo y yo me lancé sonriente. Y todo el instituto fue testigo de mi locura, de mi reacción. De cómo con diecisiete años me emocionaba por un simple pozo. Pero no me importó. Daba igual que se rieran, el pozo existía y yo iba a conseguir lo que quería. A él.

Una vez encontrado el pozo, tuve que buscar información de cómo funcionaba. Y no era fácil cuando el noventa y nueve por ciento de la gente creía que aquello eran tonterías. Pero en internet hay de todo, y también había personas que creían en la magia, como yo. Que creían que los cuentos de hadas podían ser reales, y aunque me costó conseguí contactar con ellas, no tardaron en decirme lo que debía hacer cuando les hablé del pozo, aunque me advirtieron de que no era bueno jugar con el corazón de los demás. Pero a mí me dio igual, solo podía pensar en la persona a la que amaba, o creía amar.

Una persona con la que hacía tiempo que, por sus obligaciones, no hablaba tanto como antes. Y es que después de tantos meses escribiéndonos ya sabía algunas cosas de él. Como que era mayor y estaba acabando la universidad. Incluso me mandó una foto, que obtuvo una mía falsa en respuesta. Una que no era yo. Porque lo que no le conté a cambio es que yo iba aún al instituto, porque estaba convencida de que la edad no sería un problema cuando me conociera en persona. Creía, aunque nunca me lo hubiera dicho, que se enamoraría de mí como yo lo estaba de él. Aunque nunca me hubiera dado esperanzas de ello, ni señal alguna de que sentía algo por mí que no fuera amistad.

Pero nada me importaba, estaba decidida. Cuando él terminara el curso, iría al pozo, haría el ritual, y pediría que estuviéramos juntos para siempre. Uno al lado del otro, sin pantallas de por medio. Y así lo hice. Después de su graduación, de darle la enhorabuena y desearle mucha suerte para el futuro, fui al lugar que iba a cumplir mis sueños, mis deseos, mis propósitos. Había escrito en un papel lo siguiente:

«Pozo de los deseos, haz que mi amor venga a mi lado. Haz que nos conozcamos y vivamos juntos por siempre. Haz que no haya distancia que nos separe».

Lo doblé en varias partes, lo até a una piedra y lo lancé, escuchando como caía en el agua que había al fondo del pozo. No sé cuánto tiempo me quedé allí esperando, sin saber muy bien qué hacer o cuándo vendría él a verme. Dudé de si había sido clara, pero suponía que lo del papel era algo anecdótico, que si el pozo de verdad era mágico, valdría con tener en mi mente lo que quería para que lo hiciera real tal cual lo imaginaba. Me equivocaba.

Pasadas unas horas volví a mi casa, ya era de noche. Cené algo ligero y me fui a dormir, contando los días que quedaban hasta ver cumplidos mis deseos. A la mañana siguiente me desperté y miré el correo, por si tenía noticias tuyas diciéndome que se mudaba donde yo vivía. No fue así. Pasaron los días y seguí sin recibir nada tuyo. Le escribí pero no hubo respuesta a ninguno de mis mensajes, y empecé a temerme que todo había sido mentira. Ni el pozo era mágico, ni cumplía deseos, ni a él le importaba yo realmente. Y me enfadé. Así que volví a aquel lugar. Y cuando llegué, lo que vi hizo que cayera de rodillas, sin poderme creer que lo que estaba viviendo

era una realidad.

A los pies del pozo había un muñeco de madera. Un muñeco que era la viva imagen de mi amor. Era idéntico, como si fuera una broma macabra. A sus pies estaba la nota que yo había escrito y una respuesta escrita en ella:

«Cuidado con lo que pides. Desear tener a una persona sin contar con sus propios deseos es peligroso. Espero que seáis muy felices viviendo juntos por siempre».

Y sí, por si os queda alguna duda, aquel muñeco era él. Lo supe días después, cuando aún creía que se trataba de una broma de alguno de mis compañeros. Pero no. En las noticias no tardó en aparecer la búsqueda de un recién graduado del que no se sabía nada desde su graduación. Su foto salió en los telediarios, en las redes sociales, en todas partes. Su familia lo buscaba sin hallar respuestas, sin saber que podía haber ocurrido. Y yo, que mantenía el muñeco en mis brazos en todo momento, lo miré a los ojos y pude ver una lágrima cayendo por ellos. Le había arrebatado para siempre su vida, por mi egoísmo. Por no decirle la verdad, por no ser sincera. Por ser una niñaata egoísta que solo pensaba en ella misma.

Así que, hacedme caso, cuidado con lo que deseáis. Nunca intentéis hacer que una persona se enamore de vosotros por obligación. Las cosas ocurren cuando y cómo deben ocurrir. Y quizá la persona a la que vosotros queréis, o creéis querer, no es la que está destinada a ser vuestra compañera de vida. Y si os da igual su opinión o lo que desea, y solo pensáis en vuestro propio beneficio y vuestra propia felicidad, es que realmente no le amáis. Yo lo aprendí a las malas, y es una lección que destruyó mi vida para siempre. Y la de él.

*Un trueno resuena en la distancia,
como si acompañara a la tormenta
que estalla en mi interior.
Como si el universo entero quisiera decirme,
lo que mi alma se niega a comprender.
Como si el cielo quisiera advertirme,
de lo que mi cuerpo no quiere asumir.
Y el miedo me paraliza,
no por la lluvia que empieza a caer,
ni por los rayos que comienzo a ver.
El miedo me paraliza
porque siento que me vas a perder.*



Bajo la lluvia

Dicen que los besos más románticos son bajo la lluvia. Todos recordamos esas escenas entre dos amantes, entre una pareja, corriendo para reconciliarse, para decirse cuánto se aman, para hacer frente por fin a sus sentimientos; esos momentos en los que se encuentran cada uno al otro lado de la calle y, al final, corren el uno hacia el otro y se funden en un intenso beso en el que sobran las palabras. El nuestro fue así, ¿lo recuerdas? Yo no soy capaz de olvidarlo. Sentí la lluvia mojando mi piel, el frío recorriendo mi cuerpo, pero nada de eso importaba. Solo existíamos tú y yo, y todo lo ocurrido en el pasado, todos los miedos, los rencores, la decepción, se borró, quedó arrastrado por las gotas que nos mojaron mientras nos besábamos. ¿De verdad lo has olvidado? Ojalá yo pudiera.

Nuestra historia parecía predestinada desde el primer momento. Cuando ambos nos mudamos a casas contiguas, con tan solo ocho años, y llegamos el mismo día a nuestro hogar, nuestras miradas se encontraron por primera vez una a cada lado de la valla, y algo hizo que comprendiera al instante que serías alguien muy importante en mi vida. Y no me equivoqué.

Ya he olvidado quién fue el primero de los dos en hablar cuando nos encontramos sentados en la

acera, ya que nuestros padres no nos dejaban ir mucho más lejos y, al ser nuevos, no teníamos amigos con los que jugar. Ni siquiera nos hizo falta presentarnos, allí sentados, hablando por primera vez, juntos empezamos a inventarnos una historia y nos dimos cuenta de que a los dos nos apasionaba lo mismo, los libros. Aunque tú ibas más allá y ya soñabas con ser director de cine y crear una película maravillosa de un planeta muy muy lejano. Con ocho años ya soñabas a lo grande, y yo me emocionaba al escucharte hablar de esos sueños. Y lo seguí haciendo a medida que los años fueron pasando. Porque lo que comenzó aquella tarde como un juego inocente entre dos niños sin nadie más con quien jugar, terminó convirtiéndose en una amistad fuerte, de las que duran para siempre, de las que hacen que dos personas sean inseparables, o eso me pareció a mí entonces. Lo que no me esperaba es que aquella amistad inocente se fuera convirtiendo en algo más poco a poco. Y lo hizo de una manera completamente normal, como digo, como si estuviéramos predestinados a ello desde antes incluso de conocernos.

A medida que los años fueron pasando, dejamos el colegio y más tarde el instituto, pero siempre nos mantuvimos unidos. Recuerdo que los primeros años de instituto te tachaban de gay, porque siempre estabas conmigo, y eso solo podía suceder si tú eras homosexual. Qué absurdo fue todo aquello, y qué poco te importaban a ti los comentarios. Pero es que incluso cuando empezamos a salir creyeron que lo hacías para fingir algo que no eras. Ilusos, no tenían ni idea de lo que sentíamos el uno por el otro. ¿Cómo iban a saberlo? Ni siquiera nosotros éramos conscientes realmente de la fuerza de nuestros sentimientos, de lo intenso que era todo, de lo que vivíamos con cada uno de nuestros pasos. No podíamos despegarnos el uno del otro, pero, aunque hablamos de ir juntos incluso a la universidad, eso no ocurrió, y puede que ahí empezara nuestro tormento. Porque aunque queríamos hacer carreras parecidas, tú Imagen y Sonido, yo, Literatura, la nota hizo que nos separáramos, al menos físicamente durante el día.

Recuerdo que al principio me pareció un mundo, y eso que iba a poder verte por las tardes, o los fines de semana, ya que no íbamos a ir a la misma facultad, pero sí íbamos a seguir en la misma ciudad, viviendo en la misma calle. Pero no era capaz de imaginarme ir a clase sin ti, pasar tantas horas separada de ti.

A ti, creo, que te costó algo menos hacerte a la idea, y aunque los primeros meses seguiste muy pendiente de mí, intentando que nada cambiara, poco a poco todo lo hizo. Las fiestas universitarias a las que tú ibas y yo me negaba a pisar porque los estudios eran lo más importante; los trabajos esporádicos que ibas cogiendo para que tus padres no cubrieran todos tus gastos, aunque económicamente pudieran; las tardes en las que me decías que necesitabas descansar, cuando yo solo necesitaba verte,... Todo eso nos fue alejando, o quizá no, pero así lo sentí yo.

Soy consciente, ahora, de lo dependiente que era de ti, y de que eso influyó también en nuestra relación, y lo siento, ahora sé que lo siento. Pero me sentía completamente perdida sin ti.

Lo que no vi fue que, mientras yo me sentía hundida por no verte tanto como deseaba, tú te ibas alejando porque sentías que no era yo lo que necesitabas. No fui capaz de verlo hasta que la realidad estalló en mi cara, y una tarde, cuando yo corrí feliz porque por fin tenías un hueco para mí, me dijiste que lo mejor era dejarlo. Me querías sí, o eso asegurabas, pero llevábamos tanto tiempo juntos, habíamos pasado por tanto juntos, sin separarnos ni un segundo, que tu amor se había desgastado. Recuerdo que al principio lo pintaste como algo temporal y yo te creí. Creí que volverías, que solo necesitabas darte cuenta de que querías lo mismo que yo, pero los meses pasaron y no volviste. No lo hiciste. Y poco a poco me fui olvidando de ti. Tanto, que decidí mudarme y compartir piso con una compañera de la universidad para evitar verte. Y así lo hice durante mucho tiempo, incluso después de acabar la carrera y empezar a trabajar de editora, no

volví a verte. Ni siquiera cuando volvía a casa para comer con mis padres. Hasta que descubrí que hacía mucho tiempo que ya no vivías allí, que te habías ido igual que yo.

Si ahora lo pienso, siento que fue una broma de mal gusto por parte del destino, porque nadie me dijo dónde te habías ido, y lo que menos esperaba era verte allí, en otro país. Mientras yo disfrutaba de una escapada con mi amiga, tú estabas rodando una película en las calles de París, donde vivías. ¿Sabes lo que fue para mí volver a verte? Allí, en una ciudad que habíamos deseado visitar durante años, y a la que no habíamos podido ir por las circunstancias. Los dos nos encontrábamos allí, y los dos nos cruzamos aquella tarde como años antes lo habíamos hecho en nuestra calle. Yo me quedé muda, mi amiga también y tú... A ti los años te habían sentado demasiado bien, eso no lo puedo negar.

Te acercaste dudoso y ni siquiera fuiste capaz de darme dos besos, simplemente dijiste cuanto te alegrabas de verme y me preguntaste qué estaba haciendo allí. «De vacaciones», fue lo único que fui capaz de decir, y mientras te despedías y volvías al trabajo no pude evitar sonreír, porque habías cumplido tu sueño. Y no había estado ahí para verte lograrlo, pero me alegraba como si lo hubiera hecho.

Y sabía perfectamente que ahí tendría que haber dejado estar todo, como un reencuentro bonito entre dos amigos que se conocen desde pequeños, pero no pude. Y volví cada tarde de cada día que duró mi viaje. Y poco a poco volvimos a hablar, cada vez más. A reír en los descansos que te tomabas para tomar un café conmigo. A emocionarme con cada cosa que me contabas de aquel rodaje y de todo lo que habías hecho durante esos años. Y de nuevo sentí esa conexión contigo, y creí que tú también la sentías. Lo que no esperaba es que ella pareciera... Tu novia. Porque sí, hacía 3 años que tenías pareja, una guapísima actriz que deseé odiar con todas mis fuerzas, pero que fue un encanto conmigo. Y que me conocía, porque le habías hablado de mí.

Quise odiarla pero no pude. Lo que sí hice fue odiarme a mí la última tarde que fui a verte, para despedirme. Porque aquella tarde empezó a llover, y el rodaje se canceló, y te encontré con un par de personas recogiendo todo. Y ella no estaba delante, y no pude evitar decirte cuánto te odiaba por rehacer tu vida con otra, aunque hubiera sido tantos años después. Y al irme corriendo, me perseguiste, mientras los dos nos empapábamos, y me besaste como hacía tiempo que no me besabas; como hacía tiempo que nadie me besaba. Y nada más importó, ni la lluvia, ni el tiempo perdido, ni el dolor, ni ella... Hasta que importó. Para ti lo hizo, y el hechizo en el que nos habíamos visto envueltos se esfumó. Y volvimos a ser tú y yo, pero no aquellos dos niños que se conocieron a causa del destino, si no aquellos adultos que separaron sus vidas y las vivieron independientes.

Así empezó nuestra historia, así continuó, así se reencontró, y así terminó. Y yo no soy capaz de olvidar ni uno solo de los momentos vividos contigo, ni siquiera los más dolorosos. Pero tú lo has hecho, seguiste con tu vida, seguiste con ella, y ahora que han pasado aún más años, tienes una familia preciosa a la que veo a través de la ventana de nuestras casas contiguas. Eres feliz, y aunque debo y quiero alegrarme, no puedo hacerlo. Solo espero que yo consiga serlo algún día, porque entonces comprenderé que tú no buscaste hacerme daño, simplemente tu destino se separó del mío sin poder evitarlo.

AGRADECIMIENTOS

No sabéis cuánto he dudado sobre publicar este pequeño libro de relatos o no. Así que mi primer gracias va para Fransy, por animarse a leer estas historias antes que nadie y darme su opinión; por marcarme los errores; por sus buenas palabras; y por una portada tan bonita, porque sí, fue él el que se inspiró al leerlos para hacerla, y el resultado me encantó. Así que gracias, y no solo por esto, si no por estar desde hace tantos años ahí. Eres único.

El segundo gracias es para mi familia, toda ella, incluida la política, la lejana, toda. Gracias por hacer que forme parte de algo tan grande, tan bonito y tan unido. Os quiero.

El tercero es para mis amigos, literarios o no, por estar ahí una vez más para apoyarme. No tengo palabras.

El cuarto, y para nada el menos importante, es para Iñaki, por llevar tantos años a mi lado y, a pesar de lo malo, seguir quedándose con lo bueno, como hago yo. Al final llegará un momento en que ya no te recuerde fuera de mi vida, y es que son más los años que te tengo en ella, que los que no. Te quiero.

Y el último gracias, y quizá el más importante, es para ti, que te has animado a leer este libro sin conocerme. Que has querido darle una oportunidad sin ser familia, ni amigo. Sé cuanto cuesta decidirse a leer a alguien sin tener ni idea de cómo escribe, así que gracias por hacerlo y ojalá este libro te anime a leer más de mí. O, por lo menos, lo disfrutes.

SOBRE LA AUTORA

Nacida en Hospitalet de Llobregat, aunque residente en Tudela (Navarra), en el invierno de 1983, lee y escribe desde que tiene memoria. Licenciada en Pedagogía, bloguera literaria desde 2012, booktuber desde 2015, y correctora ortotipográfica, espera poder trabajar en aquello que le llena, la literatura.

En el año 2019 decidió recopilar un conjunto de poemas, escritos entre el 2005 y el 2008, y probar suerte en el mundo de la publicación. Fue la editorial Sar Alejandría la que se animó a publicarlos bajo el título: *Amor y Palabras*.

En 2014 participó en la antología benéfica ilustrada, *Ládrame un cuento*, con su relato, *La suerte es mía*, cuyos beneficios van destinados a una protectora de animales. En 2020, participó también en una antología organizada por la editorial de su primer poemario, titulada *Confinados*, que relata la experiencia de más de 40 autores que cuentan su experiencia durante el confinamiento.

Goteando historias reúne 5 relatos, bajo un denominador común, el agua. El primero de ellos escrito cuando aún estaba en el instituto, hace ya muchos años. Los demás han ido surgiendo en los últimos meses.

Puedes seguirla en las siguientes redes sociales:

Web:

<https://montserd.wixsite.com/autora>

Blog:

<http://amor-y-palabras.blogspot.com.es/>

Youtube:

<https://www.youtube.com/c/AmorYPalabras>

Instagram:

http://www.instagram.com/amorypalabras_montse

Twitter:

<http://twitter.com/AmorYPalabrasB>

Facebook:

<https://www.facebook.com/AmoryPalabrasBlog>

Goodreads:

<https://www.goodreads.com/user/show/-montse>